

REVELACIÓN E HISTORIA

TEODORO LÓPEZ

Me parece oportuno comenzar concretando el objetivo, por lo demás muy sencillo, que me propongo en esta Comunicación. Únicamente intento mencionar un ejemplo concreto del encuentro entre Revelación e historia, que se da en lo que en la sistemática doctrinal católica se denomina «doctrina social de la Iglesia». No me propongo, por tanto, una reflexión sistemática ni un desarrollo conceptual de las relaciones entre Revelación e historia que desbordaría, lógicamente, las posibilidades de una breve Comunicación.

Como punto de partida citaré dos textos del Magisterio que, a mi modo de ver, establecen el marco doctrinal en que se sitúan estas breves consideraciones. En primer lugar el Decreto tridentino que enseña que el Evangelio, la Revelación, es la fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta, que esa Revelación ha sido confiada a la Iglesia y que se nos transmite en los Libros Sagrados y en la tradición de la Iglesia¹. En segundo lugar la Constitución *Dei Verbum* que, después de afirmar que Jesucristo «lleva a plenitud toda la revelación»², afirma que «la Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios»³. Con la transmisión del Evangelio en la Iglesia y su aceptación en la fe «crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón, cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad»⁴. De modo que la Iglesia, desde la plenitud de la Revelación, asume el compromiso de caminar, a través de los tiempos, hacia la plenitud de la verdad, hacia una com-

1. Conc. TRIDENTINO, Sess. IV, Dz. 1501.

2. Const. *Dei Verbum*, 4.

3. *Ibidem*, 8.

4. *Ibidem*.

preensión cada vez más profunda de la misma. ¿Qué papel asume la historia en el caminar de la Iglesia hacia la plenitud de la verdad?

Entiendo que estamos ante una cuestión que supera con creces el tema clásico de la historia como lugar teológico⁵. Melchor Cano lo que pretende es establecer las bases de la ciencia teológica y su obra viene a ser un tratado del método en teología. La cuestión que ahora nos ocupa obedece a un planteamiento más amplio y sustancialmente distinto: el sentido de la historia en orden a una más profunda comprensión de la verdad revelada.

Considero que el tema planteado guarda, en cambio, una íntima relación con el concepto de «signos de los tiempos» tal como ha sido utilizado en los últimos años, concretamente en la Constitución *Gaudium et spes*. El concepto sociológico evoca fenómenos que, a causa de su generalización y gran frecuencia, caracterizan una época, y a través de los cuales se expresan las necesidades y las aspiraciones de la humanidad presente. Pero el Concilio aborda la dimensión teológica de esa realidad sociológica cuando, consciente de su vocación de servicio al hombre, afirma: «Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación entre ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza»⁶.

Mayor interés tiene un texto en el que el Concilio aborda directamente el tema de la relación entre signos de los tiempos y comprensión de la verdad revelada: «Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada»⁷.

En el marco doctrinal, delineado por los textos magisteriales citados, me propongo mencionar, a modo de ejemplo, la doctrina social

5. Cfr. M. CANO, *De locis theologicis*, lbr. XI.

6. *Gaudium et spes*, 4.

7. *Ibidem*, 44.

de la Iglesia como expresión, quizás privilegiada, del encuentro entre Revelación e historia. La afirmación reciente de la naturaleza teológica de la doctrina social de la Iglesia culmina, por una parte, una larga etapa de búsqueda de la propia identidad, y representa, a su vez, un reto a la reflexión teológica que debe dar cuenta de la peculiaridad de los aspectos epistemológicos que definen su estatuto teológico. Quien asume ese reto se ve obligado a reflexionar sobre la peculiar interacción entre Revelación e historia que da sentido teológico a la doctrina social de la Iglesia.

También en esta ocasión partiré de dos textos del Magisterio, en este caso social. En primer lugar un texto que nos informa de la génesis de la doctrina social de la Iglesia: «La enseñanza social de la Iglesia nació del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias —comprendidas en el Mandamiento supremo del amor a Dios y al prójimo y en la Justicia— con los problemas que surgen en la vida de la sociedad»⁸. Pero la doctrina social, si bien reclama una validez permanente, está sujeta a una renovación constante. De ahí que otro texto magisterial formule una especie de definición de la misma en los términos siguientes: «la cuidadosa formulación del resultado de una atenta reflexión sobre las complicadas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial»⁹. A tenor de estos textos tanto el nacimiento de la enseñanza social como la formulación concreta y en constante renovación de sus contenidos doctrinales, es posible gracias a la interacción de dos factores expresamente mencionados: por una parte el Evangelio, la fe, la tradición, por otra la realidad social, la historia.

Cabe destacar la importancia y el sentido de cada uno de los dos factores. En primer lugar la Revelación, el Evangelio es afirmado como la fuente primordial de la doctrina social de la Iglesia. Al menos de una manera formal venía siendo una afirmación constante tanto en los documentos del Magisterio como en los manuales de doctrina social. Digo de una manera «formal» porque, de hecho, era más frecuente la apelación a la ley natural como fuente inmediata de los contenidos. La aportación más sustantiva de la Revelación como fuente es la antropología revelada que viene resumida en el capítulo primero de *Gaudium et spes*: el hombre creatura e imagen de Dios, creado y eleva-

8. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instr. *Libertatis conscientia*, 72.

9. JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, 41.

do al orden sobrenatural, constituido señor de la creación visible puesta a su servicio, es, por su íntima naturaleza, un ser social y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás. Pero la realidad humana ha quedado afectada por unos hechos históricos cuya raíz última y las consecuencias sólo se perciben a la luz de la Revelación: el pecado y la Redención como hechos que afectan a todos los hombres y que tienen un carácter universal. De ahí que, dada la situación real del hombre —caído y redimido— sólo desde la Revelación se pueda percibir la trama profunda de su vida individual y social.

Esta Revelación de lo que el hombre realmente es, del sentido de su vida, de su origen y de su destino, se encuentra constantemente con la realidad social del hombre que se realiza en la historia. La Iglesia formula cuidadosamente su doctrina social como el resultado de una atenta reflexión —realizada a la luz de la fe— sobre la realidad cambiante de la historia. Y esa formulación tiene el carácter de ser el resultado del concurso de dos factores: la Revelación y la historia. La Iglesia, en efecto, en ese camino hacia la plenitud de la verdad, escruta los acontecimientos históricos a la luz de la Revelación y formula una verdad que progresivamente forma un cuerpo doctrinal. Esta verdad formulada pertenece primordialmente a la Revelación y, al mismo tiempo, deriva de alguna forma de la realidad social. Podría, quizás, decirse que el cuerpo doctrinal es una explicitación de unas verdades virtualmente contenidas en la Revelación y esta explicitación se hace posible con la ayuda de los acontecimientos históricos.

Afirmar que la doctrina social de la Iglesia es el resultado de la interacción de la Revelación y de la realidad histórica reclama un esfuerzo de clarificación de la acción propia de cada uno de ellos. En efecto, uno y otro factor son, lógicamente, necesarios y, al mismo tiempo, parece obligado establecer un orden de prioridades. La Revelación es ciertamente el factor prioritario, pero ella no explicitaría todas sus virtualidades en el campo social sin la ayuda de la realidad histórica; a su vez esta realidad sólo si es contemplada a la luz de la Revelación aporta una ayuda eficaz como factor determinante de la formulación doctrinal.

Poner de relieve la importancia de la realidad histórica, como factor que hace posible la formulación de la doctrina social, no compromete el carácter fontal primordial de la Revelación. Es un riesgo que acecha a algunas formas de interpretar el sentido de los *signos de los tiempos*. En efecto a veces da la impresión de que se destaca hasta

tal punto la importancia teológica de los mismos que parece darse a entender que la verdad formulada en la doctrina social dependiese exclusivamente de ellos. No concuerda esta interpretación con la afirmación conciliar que atribuye a la Iglesia la misión de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio. De esta forma la Iglesia acerca y hace comprensibles las exigencias de la verdad revelada, ya que el objetivo que la Iglesia pretende con esa «lectura» es «acomodarse a cada generación y poder responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la futura y sobre la mutua relación entre ambas»¹⁰. Se trata de un aspecto de la misión de enseñar confiada a la Iglesia: «la fe que ha de ser creída y ha de ser aplicada a la vida»¹¹. Es una tarea a la que la Iglesia ha dedicado un continuado esfuerzo, sobre todo en el último siglo, que se manifiesta en su doctrina social, pues ella ha comprendido la urgencia de someter los signos de los tiempos a una clave de lectura dictada por la Revelación.

La Iglesia, que es Madre y Maestra, alumbra una verdad en su doctrina social, y esta verdad es fruto de la unión fecunda, que en ella se realiza, de la luz de la Revelación y de la realidad histórica. Es una verdad divina y humana al mismo tiempo, y no es ajena al estatuto misterioso de la misma Encarnación. Esta verdad se gesta en el seno de la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, y se forma de elementos humanos en los que se hace comprensible. Por eso la naturaleza de esta verdad no es compatible con cualquier forma de nestorianismo, que equivaldría a una doble verdad en paralelo, y tampoco con un monofisismo que no respetase la autonomía de lo divino o de lo humano.

La interacción entre Revelación y realidad histórica, de la que la doctrina social es fruto, ha sido potenciada por el nuevo talante en las relaciones Iglesia-mundo propiciadas por el Vaticano II, concretamente por *Gaudium et spes*. La novedad se expresa en actitudes que vienen informadas por un principio de diálogo que supera situaciones anteriores de lejanía e incluso de hostilidad. El diálogo, lógicamente, significa intercambio de ideas, por tanto exige escuchar y también tener algo que decir. A su vez el diálogo exige tener un interés común, compartir una preocupación, perseguir un mismo objetivo. Ciertamente esa base del diálogo entre la Iglesia y el mundo estriba en el deseo de ser-

10. Const. *Gaudium et spes*, 4.

11. Const. *Lumen gentium*, 25.

vir al hombre, de garantizar el respeto a la dignidad de la persona humana, de compartir la búsqueda de cauces eficaces que hagan posible el genuino servicio a la persona que la sociedad está llamada a prestar. La doctrina social de la Iglesia ha sido siempre la más clara expresión de la preocupación de la Iglesia en este sentido.

En este diálogo la Iglesia tiene algo que decir, tiene mucho que decir, pues ella ha recibido en la Revelación un conocimiento certero de lo que el hombre realmente es, por lo que debe ser escuchada si se quiere conseguir efectivamente el objetivo compartido: el servicio al hombre. Pero a su vez la Iglesia se compromete, como exige el diálogo, a escuchar. A escuchar, como recuerda un texto de *Gaudium et spes* ya citado¹², las múltiples voces de nuestro tiempo. Y esto no sólo por lo que hace referencia a las soluciones técnicas de los múltiples problemas que se plantean en la vida social, política o económica, ya que esto es una exigencia obligada de su proclamado respeto a la legítima autonomía de las realidades temporales. La Iglesia reconoce también la necesidad de escuchar «las múltiples voces de nuestro tiempo» como algo que necesita «para que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada»¹³. Ciertamente que esas voces deben ser valoradas a la luz de la Revelación —«de la palabra divina»— de forma que permitan un discernimiento y una interpretación. En todo caso la Iglesia reconoce que esas «múltiples voces» pueden constituir una eficaz ayuda en «su caminar a través de los tiempos hacia la plenitud de la verdad», no de una verdad humana, sino de la Verdad revelada. Examinar, discernir e interpretar los hechos históricos, la historia viva, la realidad humana en cada momento histórico —y sigo parafraseando el texto conciliar—, realizar esta tarea con la ayuda del Espíritu Santo y a la luz de la palabra divina, es propio de todo el Pueblo de Dios, y principalmente de los pastores y de los teólogos en orden a una mejor percepción, mejor intelección y más adecuada expresión de la Verdad revelada.

Considero que el encuentro entre Revelación e historia, no sólo está en la génesis de la doctrina social de la Iglesia, sino que hace posible y da sentido a su constante renovación, siendo expresión privilegiada y fruto doctrinal de la fecundidad de dicho encuentro.

12. Cfr. not. 7.

13. *Ibidem*.